CAPITULO XVII

El niño: respeto debido á la libertad de su naturaleza.

Lo dije más arriba: el niño, por medio de su personal concurso y de una acción libre, espontánea, generosa, debe trabajar por sí mismo en la grandiosa obra de su Educación: es ley de la naturaleza y ley de la Providencia divina.

Tan necesario es este concurso de que hablamos, por parte del niño, que ninguna Educación puede prescindir de él, y jamás lograrán suplirlo ninguna industria, ninguna extrínseca energía, ningún instructor por hábil y trabajador que sea.

Por mucho que se esfuerce, jamás nadie educará á un niño sin el trabajo de éste, ó contra su voluntad. Hay que hacerle amar su propia Educación; hay que hacérsela trabajar á él mismo, y por sí mismo. El niño no es un ser pasivo y sin acción, no es un arbusto, una planta, no: es una criatura inteligente y moral. Más aún; paremos la atención en que la planta tiene de suyo fuerza de vegetación propia, y tiene savia y tiene germen y tiene raíces de vida. Sólo la madera muerta es la que se talla y se modela sin contemplarla poco ni mucho, sin consultarla, sin esperar nada de ella. El niño que educáis no es un leño muerto: es un ser

sublime, capaz de verdad y de virtud, de conocimiento y de amor: es una criatura activa, poderosa, soberana; dotada como está de conciencia y de libertad, debe obrar espontáneamente, debe desarrollarse á sí propia.

Esta acción, este concurso es esencialmente libre: se lo puede y aun se lo debe provocar, sostener y alentar pero nunca se lo debe contrariar, y tampoco se lo debe forzar.

Las hermosas y santas enseñanzas del Cristianismo sobre la libertad del hombre, acerca de sus nobles destinos y del respeto que le es debido, hallan aquí justa y cabal aplicación.

Y es así que el principio más activo en el niño, el más enérgico y el más fecundo para su Educación es la humana libertad; con una condición sin embargo: á saber, que sea respetada.

Respetada cual conviene, gobernada sin violencias, dirigida con tino y con acierto, la libertad, la acción personal del niño, viene á ser, bajo la dichosa influencia de la divina gracia y de la autoridad que á su Educación preside, el admirable resorte, el alma y la vida de toda la Educación.

En una palabra, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, en la Educación, *lo que hace el instructor por sí mismo es poca cosa, lo que hace hacer es el todo:* pero entendámonos, quiero decir, lo que hace hacer libremente. Quien quiera que esto no haya comprendido, hágase cuenta que no entiende nada en punto á humana Educación.

La Educación del hijo de Luis XIV nos ofrece de ello triste y memorable ejemplo.

Grandes cosas, cosas admirables (1) hizo Bossuet para la Educación del Delfín; pero al joven no le obligó á hacer cosa ninguna, ni siquiera las más ordinarias: por eso aquella Educación fué nula.

Aquí, sin duda, no faltó el instructor al discípulo, si no que el discípulo faltó al instructor. El hijo de Luis XIV tenía naturaleza vulgar; crióse muy magníficamente: cuidados tan esmerados, cultura tan fuerte, le ahogaron. Bossuet era demasiado grande para él, y este grande hombre engañóse aquí por su mismo genio: trabajaba para la posteridad, mientras creía trabajar sólo para aquel niño. Si Bossuet hubiera tenido en su alma tanta flexibilidad y paciencia como grandeza y energía, se habría abajado hasta aquella débil inteligencia; le hubiera hecho hacer aquello de que era capaz: no fué así, y á la vista de todos están las consecuencias.

Frisaba en los cuarenta años: hijo de aquel rey de Francia á quien llamaban los emperadores de Alemania *el Rey* por antonomasia, y padre de un rey de España, el Delfín pasábase los días muertos, *clavada la cabeza en los codos, vagamente fijos sus ojos en una mesa ú otro objeto cualquiera, y tapándose los oídos*, según rezan las Memorias de su tiempo. Así había pasado su juventud bajo las enseñanzas de Bossuet. No había notado la presencia de aquel inmenso genio más que por el aburrimiento y malestar que producía en sus primeros años y en su flaca naturaleza. El maestro, genio potentísimo, no había hecho más que fatigarla y abatirla.

---

(1) Entre otras el *Discurso sobre la Historia Universal;* la *Política sagrada*, etc.

Más adelante, el gran siglo en el que brillan astros de primer orden, pasaba sobre la vida del Delfín, y él no lo advertía más que en la incomodidad y en la desazón de su fría y monótona existencia; y esta deplorable medianía acompañóle hasta el término de su obscura carrera.

Tal fué el resultado de una Educación, donde según expresión del Cardenal de Beausset, el maestro *lo era todo*, y el discípulo *no era nada*.

No hallaréis otro ejemplo que pruebe de manera más convincente lo que decíamos poco ha, y ahora lo volvemos á repetir: *que en la Educación lo que hace el maestro es muy poquita cosa; lo que hace obrar es el todo:* entendido siempre en el mismo sentido, *lo que hace obrar libremente.*

Sin duda que hay que reprimir el mal, pero nunca jamás hay que forzar ni constreñir violentamente hacia el bien: de lo contrario, aquello ya no sería bien. Moved, inclinad, exhortad al bien; pero no forcéis, no violentéis á practicarlo. En la Educación, como en otra cualquier cosa, la violencia daña al desenvolvimiento de la naturaleza, es decir, á la misma obra que se intenta realizar.

Si se logran tan pocas Educaciones prósperas es porque hay muy pocas que sean de verdad libres, espontáneas, generosas, como convendría que lo fueran.

No vacilo en afirmarlo: el gran mal de la Educación en Francia .., de cincuenta años á esta parte, está en que le falta libertad. Aquí no se respeta la libertad del niño: libertad intelectual, libertad moral..., todo ha sido forzado y profanado. La ley de la naturaleza y la ley de la Providencia son desconocidas por igual.

Pues ¿qué? ¿no hemos oído al presente siglo pregonar y erigir en principio la extraña aserción de que la niñez y la juventud francesas deberían ser vaciadas como en un molde, y batidas como monedas del mismo busto?

Ocasión he tenido ya de rebatir tan aflictivas palabras, y el funesto error que encierran, aun sin saberlo—creámoslo así — aquéllos mismos que las pronuncian; pero, voy á decirlo llanamente: cuanto más las medito, menos las entiendo, y más obscurecen á mis ojos lo que hay de noble, elevado, ideal, libre, delicado y divino en la obra de la Educación. Hallo que nuestra hermosa lengua francesa se resiste á la vulgaridad de aquella imagen. Y sin embargo, de cincuenta años á esta parte, ¿no es eso lo que se ensaya y aun con violencias se trata de implantar entre nosotros? Ni han sido desconocidas únicamente la libertad de las familias *y sus primitivos é inalienables derechos* (1), sino que también y muy principalmente la libertad y los sacratísimos derechos de la niñez.

En cuanto á mí, paladinamente lo declaro, mientras de lejos ó de cerca pueda ocuparme en la Educación de la juventud, siempre he de respetar la libertad humana en el más pequeño y despreciable niño; y, si cabe, con más religiosidad que en el hombre maduro: porque cuando menos éste sabría defenderla contra mí, empero el niño ni lo sabe ni lo puede. Yo, jamás he de ultrajar la juventud hasta el punto de considerarla como materia que puedo vaciar en un molde para hacerla salir de allí con la marca que le quiera imprimir mi voluntad.

¡El niño!... ¡Si ya lo hemos visto!: es el hombre mis-

(1) M. Guizot

mo, depositario de todos los dones, de todas las esperanzas, de todas las nacientes energías de la humanidad; revestido de toda la gracia, de toda la actividad, de toda la dignidad humana.

¡Esto es lo que hay que respetar!

—Pero ¡si es tan débil!...—dicen algunos.—Estáis en gravísimo error; no conocéis al niño. Es más fuerte que vosotros, por más que parezca paradoja.—Todavía más: aun cuando fuera tan débil como decís, aun sería necesario, sería necesario ante todo y sobre todo respetar su debilidad.

Pero, ¡hay que respetar además su poder! que no es poca cosa. Este niño, débil y todo como es, puede venceros... Podéis pegarle, podéis abatirlo, aplastarlo: pero no queda vencido: vosotros lo quedáis; su voluntad, su alma os resisten invenciblemente: y ¡no habéis hecho nada!... como no sea una acción bárbara y estúpida.

Y el niño os aborrece, y os desprecia... Y ¿qué podréis hacer para impedir que os desprecie, que os aborrezca? Ya os oigo: me respondéis que tenéis el recurso de aborrecerle y de menospreciarle á vuestra vez... ¡Bravo recurso! Está bien; pero y con eso ¿qué ganáis? Y ¡aun quizá continuaréis educándole, halagado por el dinero del alumno ó de su familia! Si se educara de esta suerte toda la juventud de una nación ¿qué habría ganado el país?

Nunca vi más pujante desarrollo de fuerza moral que aquél que se muestra en débiles niños cuando se ponen en contra de los maestros que no saben más que reprimirlos con violencia. En medio de su sencillez y de su equidad natural, hay á veces en estas jóvenes almas abismos de menosprecio. A fe mía, entre todos los humanos desprecios, no hay otro para afrontar el cual tenga yo menos valor.

Luego de mi ordenación sacerdotal, dedicóme la divina Providencia á la obra de la Educación: el primero y principal sentimiento que á la sazón me animaba en el desempeño de mis deberes para con los niños, era un vivísimo afecto hacia su tierna edad; no acertaba á encontrarme con un joven de doce años, sin experimentar involuntaria emoción, sin que me acudiera al pensamiento cuán feliz sería yo si fuera llamado á cultivar su inteligencia y su corazón, si pudiera enseñarle á amar á Dios y la virtud, si pudiera, sobre todo, prepararle á hacer su primera Comunión.

Hoy, después de veinticinco años que á esta obra llevo consagrados, cuando en el retiro de mi soledad me pongo á considerar cuál sea el sentimiento más profundo que de la misma he sacado, y que guardo en mi alma, como perfume celestial, descubro ser el sentimiento de respeto para con la niñez. Sí; durante estos dulces y trabajosos años, lo que principalmente aprendí fué á respetar la niñez. Más diré—y los que lean estas páginas, si bien las comprenden, no se maravillarán de lo que voy á decir:—aprendí á temerla.

El respeto que hoy me inspira un niño, sea quien fuere, — y entiendo que esta impresión quedará imborrable en mi alma, — es respeto religioso, mezclado de temor, á vista de estas jóvenes y poderosas criaturas, cuyas facultades son tan libres, tan fuertes, tan invencibles.

Este sentimiento ha llegado á ser en mí casi una debilidad de alma y de carácter. Pero no, me equivoco: aquí no hay sombra de debilidad. No puedo ver,—así es cierto,—no puedo ver un niño de tres años sin experimentar cierto miedo, sin reflexionar profundamente sobre él, sin pensar en que su voluntad es indepen-

diente de la mía: pues, en hecho de verdad, joven como es, puede querer sin mí, á pesar mío y contra mi voluntad. Se le puede matar: lo que no se puede es hacerle querer contra su voluntad. Pero, ¿qué es decir un niño de tres años? y ¿qué importan tres años más ó menos? Es mi naturaleza, es la vuestra, es la humanidad toda entera: es un ser superior, noble como vos y como yo, vuestro semejante y también mío, con poder igual al nuestro, con energías quizás superiores á las nuestras.

¡Ah! vosotros tenéis en nada á ese niño: él os halaga, jugáis con su naciente voluntad, le oprimís sin motivo ó condescendéis con él sin prudencia: pues ¡en ese terrrible juego, tarde ó temprano habéis de salir vencidos, y entonces aprenderéis á costa vuestra cuán notable falta es tratar á un niño con ligereza y sin respeto, ó bien con dureza y sin amor. En cuanto á mí, puedo decir que no conozco desorden mayor, y con gusto volveré á repetir las palabras de un antiguo: *No hay ser más delicado y más sensible que el niño; no hay otro que convenga tratar con más miramientos y consideraciones.*

Las faltas y los errores en este particular pueden ser muchos, variados hasta lo infinito, insensibles, desconocidos y casi siempre irremediables.

Voy á probar si puedo señalar unas pocas.

Hay primeramente un escollo que precisa evitar, al cual escollo tanto más se aproxima uno cuanto más esfuerzos se hacen por alcanzar el fin á donde se pretende llegar. Sin linaje alguno de duda, la Educación es obra grandiosa, obra de mucha perfección; sin contradicción, en esta obra hay un tipo supremo cuya realización es preciso buscar: pero ahí precisamente está el mayor peligro.

No es lo más difícil hallar hermosas teorías, planes acabadísimos, reglas severísimas, y que encierran elevada perfección absoluta; pero, de puro perfectas, vienen á ser impracticables y dañosas. Lo esencial, aunque muy dificultoso de hallar, es el justo medio, la *sobriedad de perfección*, por hablar con San Pablo, sin la cual todas las teorías, todas las reglas carecen de sabiduría y de discreción.

Más necesario es no fatigar la debilidad del niño, que sacar de él todo el fruto que pueda llevar. Siempre será gran falta violentar la naturaleza, la cual resiste y se quiebra, ó bien cede y se debilita. A más de que la violencia de una perfección excesiva perjudica siempre á la fuerza real y al desarrollo del carácter, y el hombre llega á disgustarse pronto de aquello á que se ha visto forzado durante mucho tiempo y muy á su pesar. ¡Cuántas veces una hora de libertad destruyó la efímera obra de muchos años!

Dos maneras hay—igualmente perniciosas—de corromper la naturaleza y depravar la niñez. Tanto se la puede triste y fatalmente echar á perder con la opresión como con los mimos.

No lo olviden los instructores de la juventud: con los niños la indulgencia raya siempre más cerca de la justicia que no la severidad: ¡ay! y eso es también verdad aun tratándose de hombres formados; porque si los niños son hombrecicos, los hombres—hay que confesarlo,—muy de ordinario no son más que niñazos. Cuando alguno se consagra á la tarea de educar, le es muy necesario inagotable fondo de indulgencia. Esta indulgencia es la equidad misma. Cada uno debe siempre—valiéndome de la expresión que usa nuestra Santa Madre Iglesia—ser conocedor de su condición,

memor conditionis suæ. No olvidemos nunca lo que fuimos en aquella edad, pero ni siquiera lo que somos ahora en edad más avanzada.

Hay además principios sencillos y ciertos, fundamento de buena Educación, los cuales siempre seguirá quien se atenga á las lecciones de la experiencia y á las luces de sana filosofía. Pero por más que estos principios sean invariables, y por más que cualquier otra manera de educar la juventud, si de ellos se desvía, sea por necesidad viciosa, no menos es verdad que hay precisión de estudiar el natural de cada niño, lo que en él ha puesto la mano de la Providencia, sus gustos y sus diversas aptitudes.

No menos es verdad que hay que educar á cada uno para el estado al que fué llamado por Dios, y darle hábitos que un día le hagan sus deberes fáciles de cumplir.

Se ha dicho, y con muchísima razón, que así como en medicina no hay remedio universal, aplicable á todas las dolencias y á todas las constituciones, así tampoco la pedagogía puede dar reglas universales para todos los caracteres, sean los que fueren.

El gran principio que aquí lo domina todo y que todo lo esclarece, es que *la Educación debe seguir la naturaleza y ayudarla*; nunca jamás constreñirla, ni violentarla, ni forzarla: y ved por qué, aunque inmutable en sus principios supremos, la Educación debe variar hasta lo infinito su acción, sus medios y sus formas.

No hay cosa de que más deba huir la Educación, y á la que deba tener más horror que al tipo común, al molde donde violentamente se quieren vaciar todas las naturalezas.

¿En qué parte de nuestro globo, dice en cierto lugar Fenelón, hallaréis dos caras que se parezcan por completo? Pues las almas de los hombres no son menos diferentes unas de otras que lo son sus rostros. La Educación, puesta á servicio de la naturaleza, y cuya gloria es la de cooperar á la obra de la Providencia, no debe tener menos variedad que la naturaleza y que la Providencia misma en todo lo que realiza; debe acomodarse á las distintas naturalezas, tomar todas las formas que ofrecen las almas, y buscar, en los tesoros de su abnegación y de sus energías, medios para educarlas, medios para retocarlas cada día con nuevos divinos perfiles.

En suma, es la Educación obra de infinita variedad: nada se le acomoda menos que las miras restringidas y uniformes, las maneras rígidas, los planes inflexibles, los movimientos forzados.

Sus principios generales, sus grandes leyes sí que son invariables; pero las aplicaciones varían de continuo, y de ahí mismo arranca (trasladándonos á esfera superior) la perfección absoluta á que debe aspirar la Educación.

¡Cuántas veces lo decía yo á mis dignísimos colaboradores!: una casa de Educación es inmensa esfera de actividad intelectual y moral. El centro es inmoble; el fondo de los principios es inalterable: pero de ahí nace una acción de variedad infinita, que se extiende, se restringe, se modifica, se renueva según las varias naturalezas sobre las que se ejerce, cuyas formas todas parece tomar en el momento mismo en que se apodera de ellas para hacerlas semejantes al supremo prototipo.

No se apodera de aquellas naturalezas si no con la

condición de transformarse en ellas, como virtud, como preciosa esencia que toma las varias formas de los vasos que llena, sean de oro, sean de arcilla: mejor dicho, como la misma divina gracia (1), que sufre diversas transformaciones, según los corazones en los que Dios se digna derramarla.

La divina gracia penetra los vasos de arcilla, y á veces tórnalos en vasos de oro. En cuanto á los de hierro, los suaviza, los pule, los torna tan brillantes como sólidos: de todos procura hacer otros tantos vasos de honor (2).

Sea lo que fuere de estas imágenes de la Escritura Sagrada, lo cierto y positivo es que la Educación no puede llegar á modelar las almas conforme á la infinita variedad de naturalezas existentes, á no ser que todos estos resortes varíen continuamente de fuerza, de peso, de dimensiones, de forma, de medida y de acción: obrar de otra suerte es hacer sufrir al niño tortura física, intelectual y moral, y á veces hasta violencia religiosa, que pone profunda perturbación en sus facultades, altera é irrita su naturaleza, y llega no pocas veces hasta hacerle arrojar lejos de sí como incomportable carga, como inaguantable tiranía, todos los cuidados y atenciones de una Educación violenta y sin libertad.

---

(1) *Multiformis gratia Dei.* (San Pablo).

(2) *Vasa aurea... Vas in honorem.* (San Pablo).

CAPÍTULO XVIII

El niño: respeto debido á la libertad de su inteligencia.

Hay muchos importantísimos aspectos bajo los cuales sería menester estudiar la Educación y el respeto á la naturaleza debido. Probaré á demostrar por su orden cómo la *violencia intelectual*, la *violencia moral* y aun la *violencia física* son funestísimas á la Educación.

Y no se piense que sea la menos funesta la *violencia intelectual:* he visto de la misma consecuencias desastrosas, las cuales creo para mí un deber apuntar aquí.

He hablado ya de la culpable debilidad de los padres que no temen sacrificar á la blandura y á los cuidados físicos, la instrucción y aun la Educación moral de sus hijos. Véome precisado á señalar aquí otro defecto: me refiero á la orgullosa dureza de algunos padres, y á la odiosa codicia de un muy considerable número de instructores que, para coronar su nombre con la gloria de haber logrado los premios del *concurso*, ó con la honra de haber hecho exámenes brillantes condenan los pobres niños á un trabajo sin descanso de todo el día, cuan largo es, y de gran parte de la noche, durante meses enteros, haciendo sucumbir bajo el peso de no interrumpidas fatigas aquellos débiles cor-